

Un Dios para demócratas

“¿Qué pasa?” es título de revista, pero es pregunta común en nuestro mundo, azotado por vientos de mil direcciones. ¿Qué pasa en nuestro mundo? ¿Qué pasa en nuestra intimidad? ¿Qué revolución se está operando en nuestras conciencias? ¿Qué pasa en la Iglesia? ¿Qué pasa con los curas? ¿Qué hacen los hombres de hoy? ¿Qué dice el Papa? ¿Qué pasa con la curia? ¿Qué pasa en el cristianismo? ¿Qué pasa con Dios? Así, hasta llegar decididamente a esta pregunta: ¿Qué pasa con Dios? No son interrogantes y gritos de juventud solamente, aunque también los jóvenes sean conscientes de este hecho y se lo pregunten muchas veces. Ellos tienen más claro lo que pretenden y lo intentan decir en la pregunta. Son más bien gritos de madurez y quizá más de personas entradas en años, que ven caer los ídolos accidentales que les parecían esenciales, que se percatan de que el fundamento de sus vidas prácticas fluctúa. Ante ello no les cabe otra salida que la angustiada pregunta: ¿Qué pasa? Y piensan que en su existencia no habían asistido a una revolución tan total, a un hecho tan insólito, a una sacudida tan fuerte que hace tambalear las propias creencias religiosas.

Ya se han multiplicado los escritos sobre el seductor tema de “nos cambian la religión”, y el Vaticano II ha suscitado muchas inquietudes en personas de edad, incapaces ahora de aplicar su providencialismo a la situación presente. Son las personas mayores las que han lanzado al mundo esta especie que se va desarrollando y crea escozor en las conciencias. ¿Qué pasa? nos coloca frente a unos hechos que todos admiten.

Y el primero de los hechos admitidos por cualquier observador de nuestro entorno es la conciencia general de que algo no va, de que algo cambia, de que tiene que cambiar más. Existe la conciencia de cambio: no se sabe bien de qué, pero la conciencia cuenta en esta hora de la historia. “O se cambia algo, o termina todo”, decía resolutoriamente alguno. Quizá fuera exagerar, pero algo de verdad encerraban sus palabras.

Algo cambia, pero ¿qué? He aquí una segunda constatación: la

inseguridad, la desorientación, la confusión. Vivimos en una época juvenil, caracterizada por estos síntomas. La diagnosis no es difícil, aunque lo sea la receta. Hay conciencia clara de que esto no puede seguir así, se siente por todas partes que ni la sociedad, ni la Iglesia, ni las estructuras actuales ni, se diría, las personas pueden continuar con sus viejos esquemas que no sirven ya y que son inútiles e inefectivos para un mundo que pide algo más y se siente responsable del porvenir que construye inventándolo cada día. En la evidencia de un cambio necesario trabaja en sordina la angustia de la ignorancia sobre qué cambiar y cómo. En este dilema se debate nuestro mundo, nos debatimos nosotros, se debate y angustia sobre todo la juventud. No vale cerrar los ojos a la realidad.

Además, por todas partes se dice, se habla, se escribe sobre la "nueva cristiandad", sobre la "mentalidad nueva", sobre los "nuevos católicos". Son los signos de los tiempos nuevos". Hay acercamientos al tema, pero no se acaba de ver claro. Vivimos y vamos a tientas en el terreno de nuestra civilización y más que en ningún otro en el campo de nuestra vivencia y experiencia religiosa. Es fácil decir que la renovación conciliar consiste en un cambio de mentalidad" hacia otra "nueva", que está surgiendo un "nuevo humanismo", en el que Cristo adquiere nueva dimensión y se presenta con toda su autenticidad. Pero antes de formar a la nueva mentalidad, necesitamos saber qué es y en qué se apoya. Es preciso que se establezcan los puntos básicos de la misma para poder educar a ella y explicarla y adaptarla a los diversos grupos sociales y a las personas.

Será necesario, por tanto, buscar un punto de referencia en la compleja gama de temas y de horizontes que se han abierto a nuestra vista. En muchas ocasiones se ha ido por las ramas y se ha reducido todo a un exteriorismo sin savia. Es verdad que se ha pensado que la liturgia era una nueva modalidad en la vida de la Iglesia y se ha buscado una adaptación en todos los órdenes para hacerla más comprensible; que el ecumenismo ha recuperado el camino perdido, ya se ha hablado de diálogo y de estar con un mundo que se transforma, tomando parte en los avatares de la historia humana. Se ha recurrido a una explicación más humana, o si se quiere, antropológica de todas las relaciones religiosas y de las doctrinas teológicas. Y se ha apelado también al empeño, al compromiso en lo social y en lo obrero, y a veces se ha creído que estaba todo resuelto con ponerse los curas en "clergyman". No. Esto sería mariposear. Serían

al máximo conclusiones de un principio más profundo que estaba cambiando en la actualidad y al que temen muchos acercarse.

¿Temen realmente acercarse? ¿A qué o a quién? Sí, al tema de Dios, a Dios mismo. En un mundo de oscuridades, lo menos claro —parece querer hacerse evidencia su muerte— es Dios en la actualidad. Pero la misma preocupación por Dios para negarle muestra que Dios está presente en la aventura humana, quizá más que nunca. El Concilio se hizo eco de este hecho y habló del ateísmo y de sus causas, y desencadenó una campaña contra el mismo. Mas ¿existe realmente el ateísmo, o es más bien una palabra que recubre una fe honda en Alguien de quien no se puede prescindir, aunque se querría? Ciudad secular, "muerte de Dios", "tumba de Dios", "Dios en prisión", "Dios en ghetto": ¿qué quiere e intenta decir todo esto? Sencillamente, que si queremos ser "sinceros para con Dios", tenemos que pensar a Dios desde nuestra actualidad y desde nuestras categorías.

He aquí el tema de estas páginas: tratan de buscar un punto para descubrir la nueva mentalidad por la que tanto se grita y se aboga, desean internarse con soltura y humor, si es posible, para "desproblematizar" la existencia, en el angustioso tema de la duda religiosa que atenaza muchas conciencias. Quieren decir que nadie tema, que la fe continúa urgiendo en las intimidades y que no se ha perdido nada, que estamos todavía a tiempo, si no nos asustamos de la nueva imagen, de la nueva figura o concepción de Dios que está surgiendo en la actualidad. Sí, porque lo que sucede en nuestro mundo es que no podemos prescindir de Dios, a pesar de nuestro tecnicismo, de nuestro humanismo y de la excesiva confianza en las fuerzas humanas y en los valores del progreso. Existe la fe en Dios, pero en un Dios a la medida y a la altura de los tiempos. Es una concepción parcial de Dios, como parcial es toda concepción del mismo, y parciales han sido las concepciones que la historia nos ha legado.

No falla la fe. Hay solamente una imagen o concepción de Dios que hoy no puede satisfacer el espíritu humano y por eso se debate en la búsqueda de ese Dios que sea por él lo que su corazón y su totalidad personal le está pidiendo y la vida moderna le aconseja. ¿Pragmatismo en la concepción de Dios? Quizá sí, pero ¿cuándo no ha existido? Jugamos siempre en esta baza dos protagonistas: Dios y el hombre. Y esos dos términos han jugado en toda concepción de la divinidad, sin la cual no ha vivido la humanidad y a la cual ha tratado de darle siem-

pre una configuración, no adecuada sin duda a lo que ella es, pero acercándose y acercándola a su vida.

Por eso comenzamos por Dios. Las relaciones en el orden religioso, casi diría, hasta en el orden humano, están, consciente o inconscientemente, dirigidas por la concepción de Dios que cada época ha forjado. Para comprender la nueva mentalidad, es necesario intentar desentrañar la nueva imagen de Dios, que es también antigua, pero no acentuada. Hay una implicación mutua y un constante influjo entre la realidad humana y la concepción de la divinidad: a veces influyen las estructuras o los conceptos o las imágenes humanas en la concepción de Dios, y otras vemos surgir una imagen de Dios que se plastifica en las relaciones y contactos humanos. Si queremos comprender el drama de nuestro mundo, para no asustarnos al menos, desnudémonos de prejuicios y miremos la realidad con ojos claros. Nos gustará más o menos, estaremos más conformes quizá con la que teníamos y nos quedaremos insatisfechos con la que aparece, pero la realidad no es cuestión de gustos, es aceptación y opción de voluntad. Si queremos vivir hoy con autenticidad, tenemos que mirar a Dios de manera nueva. Lo demás serán consecuencias de este hecho. Dios continúa siendo el mismo, pero nuestras relaciones para con El cambian, porque ha cambiado o está cambiando nuestra concepción de El.

I. HISTORIA DE DIOS

Ya se oye la voz del teólogo del motor inmóvil: "Eso es una herejía. Dios no tiene historia ni puede tenerla, porque es inmutable, eterno, intemporal". Sí, es verdad, ya suponemos que es todo eso, o, si su borla lo quiere, lo creemos. Ya se comprende que hablar de la historia de Dios es en relación con nosotros, como todos esos adjetivos negativos que se colocan para decir lo que no es Dios, dicen referencias a nuestra mutabilidad, a nuestro cambio de temporalidad. Hablar de historia de Dios es acomodar un poco nuestras categorías a una realidad que está más allá de toda categoría, pero de la cual tenemos que hablar de alguna manera. Y el único modo que tenemos de hablar es precisamente éste, el humano, como El usó nuestro lenguaje y se hizo a nuestra medida a través de la Escritura, empleando vocablos humanos y usándolos a modo humano. Dios, en su mismidad, no tiene historia, si la historia la

comprendemos como progreso y cambio constante de mejora y perfeccionamiento, pero tiene historia la concepción que el hombre se forja de Dios y a ella se refiere este título.

No tema nuestro amigo el teólogo. Seguimos creyendo en Dios, pero pensamos que a veces muchos conceptos que se han barajado para definirlo o decir qué es, no sirven en la historia de nuestra salvación y en la transmisión del mensaje que es nuestra tarea y nuestro servicio prestado a la humanidad. Tratamos de hacer entender algo de Dios a los hombres y solamente se conseguirá esto, si se cree en el progreso de los conceptos y en consecuencias de la significación enriquecedora de las palabras que en una filosofía del lenguaje entendemos hoy mejor que nunca. La inmutabilidad divina no supone que los conceptos empleados para hablar de ella o puedan cambiar, no hayan cambiado de hecho, no estén cambiando. Habría ulteriores preguntas que hacerse, pero los interrogantes no van contra el hecho, sino que lo favorecen y ayudan a la comprensión del mismo.

Lejos de mí hacer una historia detallada de las concepciones de Dios —tema, por otra parte, sugestivo y tentador—. En mi intención más sencilla quisiera extraer de esa historia brevísima unas conclusiones que nos hagan comprender el momento en que vivimos y nos abran el horizonte de la nueva mentalidad que comprendemos todos y todos ignoramos. Cada época se ha creado un Dios a su medida: la frase podría sonar mal en muchos oídos, como si Dios cambiara a nuestro antojo. Dios no cambia, está. Y está más allá de nuestra propia comprensión, sosteniéndola y siendo resorte de la misma o impulso acelerador del juicio. Cambia, sin embargo, el hombre que se relaciona con Dios y como El se halla siempre en el misterio, el hombre se acerca cauteloso al mismo en busca de algo que, según la condición que en la historia vive, le preste auxilio para una vivencia mejor o para una existencia más digna. El examen sencillo y somero de las diferentes concepciones que la historia nos ha ido entregando, no puede prohibirse. Y en breve lo recogeremos ahora.

DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

En el Antiguo Testamento aparece un Dios complicado en la vida humana: un Dios que crea, un Dios que conversa amigablemente con

el hombre, un Dios que monta en cólera, un Dios que se apiada, un Dios que saca a su pueblo de la opresión, un Dios que sale por los fueros de la verdad y de la justicia, un Dios que se hace oír sobre el Sinaí, un Dios que manda, un Dios dueño y señor de la tierra, un Dios que hace a su antojo cuanto le place con los hombres. Se diría que en momentos ese Dios es caprichoso y hace con los hombres lo que no haría hombre alguno. Los israelitas le temen, pero a su vez le consideran el refugio seguro a sus inseguridades nacionales, tienen confianza en su fortaleza. Dios, gran señor, todopoderoso y fuerte, destruirá a los enemigos de su pueblo. Pide fidelidad, es celoso de su pueblo y de su gloria. No admite competencia de ídolos o baales. Castiga la desconfianza y su ojo está siempre sobre Israel como posibilidad de destrucción o de desaparición.

El Dios terrible del Antiguo Testamento tiene un cierto fundamento en los Libros Santos y en ellos se presenta en medio de su pueblo y de los hombres. Es un Dios dinámico, que hace avanzar la salvación y construye para su pueblo una historia, haciendo converger todos los acontecimientos a su salvación. Es Dios poderoso, señor de la tierra, gran rey, dominador potente y con potencias a su mando para dar la batalla a los enemigos y destruirlos. A veces, aparece como el Dios gendarme, que se le ha llamado, como un Dios tirano, vengador y juez temible. Era cuanto veían en los reyes y poderosos de la tierra y lo atribuían también a Dios. Aparece como el Dios creador y gran arquitecto que con número, peso y medida, soluciona los problemas y salva a su pueblo de los grandes aprietos. Es a veces el Dios refugio para niños tímidos.

En conformidad con tal imagen de Dios se organizaba el culto. Había que aplacarle de alguna manera, hacerle propicio, ganar su confianza. Y siendo el gran señor de todas las cosas había que ofrecerle lo mejor de cuanto se producía: las riquezas máximas de la tierra, el trigo, la leche, toros y machos cabríos para los sacrificios, y hasta, si es preciso, el hijo más amado. Todo para endulzar sus iras, para reconocer su señorío y su poder absoluto y omnímodo, señor de la vida y de la muerte. En esa concepción exteriorista Dios no podía agradarse de otra manera. Los frutos de la tierra, primer producto natural de la creación de sus manos, le serían entregados como primicias y acción de gracias. Los Profetas inician un proceso de interiorización de ese concepto y llaman a un culto más interior, a los verdaderos sacrificios del corazón, ofrecidos en el templo de la propia intimidad.

EL DIOS EXTRA-BÍBLICO.

En la Biblia nos encontramos con un Dios que aparece como una persona que trabaja, que pone manos a la obra y edifica el hombre y de él hace la mujer con sus propias manos, como un alfarero más. Es alguien. Fuera de la Biblia, topamos con el Dios del vulgo y el Dios de los filósofos, uno y otro centrado, más o menos, sobre los mismos elementos de la tierra. Se divinizan aquellas potencias que tienen algo de insólito, de anormal, de portentoso, es decir, que sobrepasa las fuerzas conocidas y se hace admirar. Tras eso que el hombre puede hacer y rigiéndolo todo, está el hado o la fatalidad o la naturaleza a su modo y a su gusto. Dios es el trueno, o el relámpago o el agua que no cesa, o es la luz o es el sol o es quien manda o es la necesidad y la constrictión de la naturaleza. Se inicia una divinización de los elementos de la agricultura y en la multiplicación de dioses se pondrá un prefecto para cada cosa y acción, como sucede en el politeísmo decadente. El Dios de los filósofos, por su parte, aparecerá como algo estático, lejano, motor de cielos estelares, supraceleste, en la región olímpica del pensamiento. Se tenderá una depuración de su concepto, pero subsistirá siempre como algo metafísico y alejado, como gran relojero que maneja los hilos de la naturaleza y pone en hora el tiempo.

Los acontecimientos más sobresalientes de la condición humana: la vida o el nacimiento y la muerte, la feminidad y la mujer en general, las relaciones con el cosmos, serán objeto de culto o tendrán sus ritos particulares. En todo ello se verá o un medio de dar culto a Dios o de aplacar a la divinidad. Los ritos vienen ligados siempre a la condición humana y se asumirán los más fuertemente arraigados a la naturaleza y que más preocupaban al hombre: los árboles, las fuentes, los vegetales, las conchas, el ritmo lunar, la tierra, el hipogeo, las figuras femeninas, etc. Con ello se explicaría el nacimiento o el renacimiento, la interioridad y la abundancia, la periodicidad y la fecundidad, la generación, la gestación, la receptividad en las figuras femeninas, la paciencia y la maternidad.

A esto correspondían ritos concretos que, poco a poco, fueron institucionalizándose y llegaron a ser auténticos misterios de ascesis y purificación, como sacramentos para unirse a la divinidad, para arribar a la pureza total de aquel que vivía alejado de la suciedad del mundo. Con la poesía en torno a la divinidad aparecían los mitos, que sembraban

en la conciencia popular concepciones pintorescas de la misma. Dios estaba allá lejos y dominaba. A medida que los tiempos avanzan, un sentido de temor y de terror, de pánico y de miedo, de patrono a esclavo, se está enclavando en la intimidad de los hombres. Desde fuera se le llegó a considerar como el gran célibe del universo, siempre en su silencio, como el solitario triste y huraño que necesita compañía para recibir de la vida la alegría, o como el gran motor inmóvil que rige los demás. Esto daba la medida del Dios de los filósofos, impersonal, abstracto, sin contacto con la vida, alejado, mónada sin ventanas al exterior, narcisista, encerrado en sí mismo, "aseisado" y "ensimismado". Se creaba de esta suerte la imagen de un Dios hierático o un poco de guarda de costa, que todo lo ve desde su palacio supremo o desde su atalaya y ojo oculto.

DIOS REVELADO EN CRISTO.

Cristo no era un filósofo y vivió sus relaciones con Dios de otro modo en su ser humano, siendo además Dios él mismo. El Nuevo Testamento se alza frente a las concepciones precedentes, como continuidad no como ruptura y manifiesta la pedagogía divina que tan bien han sabido exponer y clarificar los escritores eclesiásticos de los primeros siglos. En el Nuevo Testamento hay un sentido casi exclusivo, único, vital, personal, familiar: Dios es el Padre de Cristo y Padre de los hombres, el "Padre nuestro que está en los cielos". Dulce nombre que podría aún hoy sonarnos a paternalismo, pero que encierra el sentido profundo del Dios neotestamentario. Un Dios amor, que perdona, que salva, que viene a ponerse al lado del hombre, que dialoga nuevamente con él, que usa de misericordia, que comprende su pecado y le ofrece su sonrisa y su mirada benévola, que le ve en la muerte y le extrae de ella y le resucita. Un Dios amigo y dialogal, que se ha revelado en Cristo y que nos ha ofrecido en Él el medio personal de un contacto de intimidad y de amor. Dios se ha descubierto en Cristo y Cristo nos revela al Padre. Aquel Dios del trueno, tirano y dictador, aparece como el Dios inicial que en el paraíso conversaba con Adán al caer de la tarde. Ahora Dios tornaba a la amistad, a ser Dios con nosotros, sin superioridades, se había hecho uno de nosotros y estaba con nosotros: no estaba ni arriba ni abajo, ni encima ni debajo, ni dentro ni fuera, estaba con nosotros,

porque estaba empeñado en nuestra búsqueda. Un Dios que era atracción y llamaba hacia sí.

Se estrena con la epifanía de Dios en Cristo un nuevo culto, no hecho ya de sacrificios cruentos ni de toros y de incienso, ni de humo y grandes banquetes. Era necesario adorar en la simplicidad del corazón, en espíritu y en verdad —“llegará día en que los verdaderos adoradores no adorarán ya en el templo de Jerusalén, sino en espíritu y en verdad”— en el propio retiro interior, cerrando las ventanas y recogándose para hablar con El. El aparato litúrgico del Nuevo Testamento se reduce a poca cosa y Cristo ha dejado esa libertad en poquísimos actos para que los hombres se dirigieran a El con sencillez y sin ampulósidades. En la verdad y en la sinceridad del corazón, en la caridad y en la unidad, en la oración humilde y confiada, en la confesión de la propia miseria y en el abandono en la infinita misericordia divina: he ahí el verdadero culto. Todo lo demás sería perifollo de un culto que consideraba a Dios de manera distinta. A Dios no se puede ir con coturno y cuello duro, con corbata o con almidón: no se va ya a El porque ha venido El a nosotros.

Esto nos ha enseñado Cristo y esto nos transmiten los Evangelios y las Epístolas, aunque en las pequeñas asambleas familiares la oración común se prolongase en la simplicidad de una caridad gozosa, no alterna, si bien San Pablo tendrá ocasión de llamar la atención sobre hecho exhibicionista, reclamando de nuevo a la simplicidad y la generosidad.

EL DIOS DE LOS SANTOS PADRES.

Los escritores eclesiásticos de los primeros siglos continúan inicialmente la línea evangélica, pero topan con un doble frente que poco a poco les abre horizontes nuevos y perspectivas amplias a la reflexión. Dios es el Dios Padre, y Cristo, el Dios que ha venido entre nosotros para librarnos y salvarnos. En los escritos de los primeros Padres resuenan las palabras apostólicas. No hay novedades. Más tarde aparecen las instituciones y organizaciones y con ellas cuanto comportan para la ideología y el pensamiento en torno a Dios. Los errores sobre Cristo de una parte y el creciente peso del politeísmo, por otra, les obligan a una reflexión más profunda sobre Dios y a insistir, para contestar, en la naturaleza de Dios. Sin embargo, no entran todavía en filosofías, aunque recogen muchos elementos para poder expresarse. La expresión más

fuerte nos la han dado por medio del martirio: en la entrega de la vida por una verdad que es una persona, por un Dios que es Alguien.

La explicación es siempre pastoral y habrá que distinguir, a medida que los tiempos avancen y las cuestiones se impongan, el Dios de la predicación y el Dios de la razón, el Dios de los filósofos o para contestarles a ellos, y el Dios para el pueblo, capaz de comprenderlo solamente en expresiones e imágenes sencillas. En la apologética se recrudece la concepción de Dios y del Dios sencillo, afable y bondadoso se pasa a un Dios que existe por derecho propio, a un Dios juez del que se espera el castigo para los que persiguen a los suyos y su providencia gobierna la muerte de todos los perseguidores y les ha pagado su merecido. Se endurece el concepto de Dios, pero fundamentalmente el martirio ofrecía una imagen personal de Dios y por una persona así merecía la pena morir. En ese argumento vital y existencial estriba la auténtica divinidad. "Qué es Dios —dirá el mártir—, no lo sé, pero por El soy capaz de dar mi vida". Y con su vida podría decir: "Ese es mi Dios, que me promete y me da la felicidad que es mi destino".

Poco a poco la filosofía se ha integrado a la concepción de Dios y estoicos y platónicos se han discutido el campo de prevalencia. Habrá, si se quiere, una doble visión. El Dios de la Escritura, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, y el Dios de la filosofía, que es Sumo Bien, suma verdad, suma Justicia, sumo Equilibrio. No se olvidará la definición de San Juan, Dios es amor, calentándose de ese modo los fríos conceptos filosóficos. No serán exclusivos los conceptos, y aparecerá también la teología negativa en ellos, que domina casi siempre en la exposición.

La concepción más patristica de Dios tenemos que espigarla en las plegarias espontáneas, en las conversaciones, en las homilías, en las cartas: un Dios viviente, experiencial, persona que habla y dialoga, que busca la salvación y viene a servir a los hombres, ofreciéndoles su felicidad por todos los caminos. Se mezclará en las plegarias también la filosofía, pero en ellas pierde su adustez. Otros, más tarde, concebirán a Dios, según la concepción política y a esa medida expresarán las relaciones para con El, como de esclavo a señor, como de vasallo a emperador. Fundamentalmente se prolonga el sentido bíblico en esta mezcla híbrida que tendrá sus repercusiones en las relaciones litúrgicas y comunitarias con Dios. El período es muy amplio y hacemos referencia solamente a los rasgos esenciales.

En un principio la simplicidad evangélica brillaba a plena luz, y, como por otra parte, sociológicamente no se habían planteado otros problemas originados por el número que obliga a considerar lo externo y las instituciones con toda la acuidad que las grandes comunidades urgen, la sencillez era nota distintiva. Es preciso tener en cuenta también que en la Iglesia primitiva y en la inmediatamente sucesiva, Iglesia de separación, de exilio, de éxodo, de destierro, de catacumba, el mismo hecho de estar perseguida imponía una cierta clandestinidad y una organización mucho menos burocrática que en adelante. Cada cual urgía su sentido de Dios y sus relaciones desde la propia intimidad y en pequeños círculos que podía mantener casi a ocultas. Así, con una liturgia sin grandes pretensiones, aunque aceptaba también de otros cultos formas externas capaces de ser entendidas por los fieles, llegamos a la paz constantiniana, en la que se inicia un despliegue de pomposidad y de organización cultural, que exigía una revisión de todas las instituciones y lugares de culto. Dios hasta entonces moraba en las intimidades y tenía eclesialmente unas manifestaciones sin ruido, pero con testimonio.

A partir, en cambio, de esa libertad religiosa primero, y de esa protección que se trocó muy pronto en proteccionismo con mirada quizá política, al menos por parte del Imperio de aprovechamiento por parte de la Iglesia, se abrieron cauces nuevos, que, en apariencia, sino en realidad, estaban lejos del mensaje sencillo del Evangelio. Quizá no haya sido tanto la filosofía la que intervino en la nueva visión y concepción de Dios y de la Iglesia, cuanto lo sociológico y organizativo imperial. El sentido persistente de la esclavitud y las relaciones sociales que implicaba, la vertical de soldados a emperador, se dejó sentir muy pronto en las relaciones eclesiásticas de los pastores con sus fieles, y lo vemos muy claro en la vida monástica, en la que se emplea la terminología imperial. Dios quedaba encuadrado en un margen de hieratismo, de autoritarismo y de superioridad absoluta y mandona. Es verdad que los grandes pastores del tiempo predicaban y luchaban por la abolición de la esclavitud y sobre todo se afanan por ese sentido de servicio que comportaba el peso del sacerdocio y del episcopado. Y lo mismo sucedía para la vida religiosa. Esto era, empero, la teoría, porque lo social imprimía sus categorías. Aún en el siglo v San Agustín abogaba por la libertad del Evangelio, escribiendo que se estaba convirtiendo la religión en más pesada que la de los judíos, ya que aquéllos se sometían a prescripciones divinas, mientras que ahora se sujetaban a decisiones humanas. Cristo había

querido la religión libre al máximo, con pocos y clarísimos sacramentos, y ahora pululaban por todas partes los ritos, las funciones, los símbolos que si eran inteligibles, eran pesados y los fieles no podían soportarlos.

Ante la situación presente algo nuevo surgía en la Iglesia y ésta tendría que pagar tributo a la facilidad. Ya San Cipriano había dicho que la larga paz había corrompido las costumbres. El Imperio cae bajo el golpe de la inmoralidad pública y así lo interpretan los escritores eclesiásticos. Hay un lamento general y unas categorías providencialistas que se aplican. La relación imperial, con el sentimiento de la grandeza de Dios, subsiste en la concepción de la divinidad y se agravaría con el sucederse de los acontecimientos y con la decadencia, que viviría del pasado.

EL DIOS FEUDAL Y MONÁRQUICO.

El Dios feudal no tardó en aparecer. La caída del Imperio había congregado a los señores en sus feudos. El nuevo imperio comenzaba a constituir una visión parecida a la antigua, pero más señorial y jurídica. La cultura, la política, el derecho se aunaron para la creación de un nuevo modo, de una nueva praxis, de unas relaciones más vericales todavía, de un imperialismo de las conciencias, de penitenciaros y calificación de pecados. Dios pasaba a primer plano de nuevo hasta en el imperio. Y Dios era el gran Emperador, el gran señor que dominaba en el feudo de la Iglesia y en el mundo imperial y todos le debían vasallaje. La teología negativa contribuía al silencio de Dios y al alejamiento del mundo, a su hieratismo.

La Edad Media avalaría esa concepción con sus construcciones metafísicas y sus hipertensiones divinas, elevándola a una categoría de transcendencia, a pesar de que la conservación fuera una providencia continuada en el interior del mundo y del hombre. Poco a poco las imágenes imperiales y las monárquicas, los nacionalismos y las razas, complicaban la visión de Dios. Y si el filósofo o el teólogo se empeñaba en la búsqueda de temas que a nadie interesaban, el vulgo asimilaba su Dios al Emperador o al monarca, y los pastores moderaban sus actuaciones y su espiritualidad sobre ese módulo imperialista.

Y esa concepción permanecía durante el humanismo y la reforma, y aún después, ya que emperadores y reyes, príncipes y condestables, se

sucedían en los diferentes pueblos y naciones. Y castillos, y ejércitos y banderas y ciudades y ciudadelas y plazas fuertes con reyezuelos eran imágenes de relaciones para con Dios entre los espirituales, que alimentaban, por otra parte, la vida del pueblo y le brindaban el pan de su cultura espiritual. Las implicaciones entre las concepciones políticas y la concepción de Dios crean una mentalidad al menos en la vida práctica de relaciones, y originan los modos concretos de manifestar los contactos humanos con la divinidad.

Pensando en el Dios grande, en el Dios poderoso, en el Dios señor, se pensaba en los poderosos de la tierra, y se llegaba a la concepción de un Dios monarca universal, de un Dios emperador, de un Dios rey —“al servicio del Rey divino”—, de un Dios kaiser, de un Dios déspota o de un Dios dictador, en última y moderna instancia. Podría hacerse un recorrido por las diferentes naciones, analizando el concepto ordinario de Dios y su dependencia del régimen político y familiar instaurado. La dicotomía continuaba entre la concepción de los intelectuales, llámen-se éstos teólogos o filósofos, aquellos olvidados un poco en sus construcciones de la Biblia y éstos engallados en las fuerzas de su razón, la concepción del pueblo que asimilaba las cualidades y los atributos divinos a los poderes de la tierra, viéndose ante El en sometimiento y vasallaje similar al terreno.

Ante estos hechos comprendemos con facilidad que la Iglesia adaptara sus instituciones a las necesidades y concepciones corrientes y ambientales. Las hallamos en las varias relaciones, sean de tipo litúrgico, familiar u obediencial. Nos basta visitar las iglesias, la suntuosidad de los edificios, el imperialismo y riqueza de las construcciones, manifestaciones sin duda de una fe, pero que son el testimonio más fehaciente de unas épocas y sus estilos; el barroquismo ampuloso de la liturgia con la exuberancia riquísima de ornamentos sagrados, signos de un tiempo de grandes vuelos en el que se usaba en la corte y entre los potentados esa ostentación. A esa medida se hacía gala también en orden a Dios. Con los ornamentos y cuanto suponían, tenemos un ceremonial completo para la vestición y para medir cada uno de los pasos y de los momentos, condicionado y dirigido todo por un maestro de ceremonias o introduuctor ante el rey, que iba indicando los gestos conforme al protocolo establecido, del que nadie podría desviarse. En ese libro protocolario que era de rúbricas, de ceremonias, se incluían hasta los menores movimientos, suprimiendo toda espontaneidad y libre creación: inclinaciones de cabe-

za, reverencias sencillas, profundas, genuflexiones, simples y dobles, besos, bendiciones, incienso, modo de subir al altar levantando primero el pie derecho y luego el izquierdo, acercándose con recogimiento ante el ara. A cada uno de estos movimientos de corte real y de imperio correspondían determinadas palabras que tenían el momento preciso de su pronunciación. Era además en el misterio y en el secreto, porque con un rey o con un príncipe no puede hablarse a voces para que los demás oigan. Consiguientemente la voz baja, melodiosa, insinuante, casi enamorante, sería la necesaria en las funciones. Si abriéramos un libro ceremonial de corte real y un libro de rúbricas toparíamos con una semejanza que a veces se convertiría en identidad: vista baja, ojos caídos, dedos juntos, sunciones parsimoniosas. Dios era asimilado al gran monarca y ante él, con mayor despliegue de ceremonia, pero en el mismo tono, se desarrollaba la gran comedia del protocolo. Esto se realizaba hasta ayer y más de uno se rasgó las vestiduras cuando la Iglesia, por boca de sus representantes, se despojó de ese atuendo inútil y dañino.

Las prácticas religiosas y la observancia regular en la vida ascética respondía a esos mismos cánones. Ante un Dios soledad y silencio se impondría el silencio y la soledad. Las relaciones familiares y obedenciales caminaban por la misma cuerda. Si Dios era eso y ante El eran necesarias todas las ceremonias y reverencias, como los ministros suyos y los superiores, por teoría creada a ritmo y a contacto con los hechos, eran sus representantes, sus vicegerentes, sus lugartenientes en la tierra, tendrían derecho —o lo exigirían— a los mismos honores y a las mismas reverencias que el Dios a quien representaban. Se hizo entonces valer el sentido del respeto a la autoridad —no ya a la persona como valor en sí—, de la voluntad divina manifestada en los superiores, como voces o micrófonos o altavoces de Dios, de la reverencia en inclinaciones, genuflexiones, besos de manos y cosas por el estilo. Se llegaba en ocasiones al caso inaudito pero real siguiente: en momentos no había genuflexión doble para el Sacramento y la realizaban ante unos hombres que se decían lugartenientes del Altísimo y se colocaban más elevados que El. El respeto se medía por la manifestación externa, que, como todo lo externo, puede llevar un tanto por ciento de hipocresía o de complacencia humana. Y era castigado aquel que faltara de algún modo a la autoridad constituida en tales nimiedades. Es verdad que se oponía la recta intención de hacer humillar ante el superior, para que el hombre se humillara ante Dios y comprendiera su nada y su ser de criatura y en ese sometido-

miento fuera capaz de elevación. Pero no se entraba fácilmente por esas reflexiones, carentes de fundamento y de testimonio.

La misma concepción prevalecía en la uniformidad militar de las comunidades de diferentes tipos, sea en el vestir, sea en el porte externo en los mil modos que usan los hombres para manifestarse cuando están reunidos. No había lugar para la libertad personal, para la iniciativa. El superior lo disponía, porque era el representante de Dios, y los demás eran eso, los súbditos, los siervos, los vasallos, los esclavos del primer subalterno del Rey divino. Todas las razones que se estudiaban para defender la actitud, tanto en lo teórico como en lo práctico, fueron para uso del delfín y aunque no estaban convencidos, los hombres tenían que someterse a ello, obligados por lo social. A Dios se le había concebido y creado según los gustos de las épocas y esto no tenía nada de reprochable. Quizá el modo más apto y fácil de comprenderlo fuera ése para los hombres y los tiempos a que hacemos referencia. Son dignos de encomio precisamente porque fueron capaces de crearse una concepción de Dios a su medida, siempre imprecisa, pero para ellos servible y útil.

En el fondo, ese Dios concreto es el que nos interesa a nosotros los hombres y no el Dios del olimpo, o el Dios incomprensible en absoluto y sin enganche en la vida diaria. Por otra parte, quiérase o no reconocer, a esa medida y en conformidad con esa visión, se organizaba la vida eclesiástica y religiosa y aún otras relaciones sociales, concluyéndose a la imposibilidad de definir si la imagen de Dios esa brotó de la vida, o si la vida así organizada brotó de un Dios creado de ese modo. Lo cierto es que ellos fueron lógicos y humanos al hacerse un Dios comprensible para ellos y abrían el camino a otras concepciones, de las que no podríamos extrañarnos tampoco.

II. ¿UN NUEVO DIOS?

En el reconocimiento —que exige un estudio más profundo y científico— de los hechos citados puede estar la salvación de nuestro momento actual: ser conscientes de que Dios ha tenido una historia entre los hombres y de que muchas imágenes de Dios no pueden mantenerse hoy, porque las circunstancias ambientales y sociales en que nacieron y flotaban, han cambiado radicalmente. Y con ellas cambia o ha cambiado la concepción de Dios. Todas las tensiones y el desequilibrio existente se

explicarían desde esta afirmación: el concepto de Dios ha cambiado y muchos se empeñan en mantener otro. El concepto de Dios importa unas consecuencias de vida práctica humana, cristiana y eclesial, de las que hemos visto algunas a lo largo de la historia y veremos las presentes ahora. Aferrarse a la propia idea de Dios, pensando en que es completa y total y en que no puede darse otra es ir contra esa teología que comienza por decir que Dios es incomprendible y que nos acercamos a El poco a poco, descubriendo algo y, apoyados en ello, caminamos hacia nuevos horizontes siempre más amplios en la visión del mismo: “buscamos para encontrar y encontramos para seguir buscando”.

¿Un nuevo Dios? Ya se oye la censura: Dios es siempre el mismo y no cambia, es inmutable. Nadie lo duda, pero para nuestra apreciación, para nuestro conocimiento, en relación con nosotros, sufre una serie de cambios aún en períodos muy reducidos de la historia y en nuestra propia vida personal. Dios ha entrado o está entrando en nuevas categorías. Se ha anunciado la “muerte de Dios” con cuantas expresiones recogimos antes, pero con la parcial verdad que nos entregan, indican que lo que ha muerto es el concepto imperial de Dios. ¿Será efecto solamente de las circunstancias sociales? ¿Habrá otro sentido filosófico y teológicamente más profundo? Si existe, aparecerá. Ante todo, sin embargo, es preferible constatar el hecho y tras el hecho los hombres se dedicarán a buscar razones para mantener la concepción que, por imponderables e inconscientes, se ha apoderado de los espíritus y hoy camina con expeditéz en todas las mentes, en modo especial en las de los jóvenes que han nacido o se han criado ya en este ambiente. No se pueden cerrar los ojos a la realidad ni es posible parapetarse tras las propias posiciones, lanzando gritos contra la concepción nueva que surge, que no es contraria, sino complementaria. Y admitido que es parcial como la anterior o anteriores, para hoy es más real y más fácil de entender, más en consonancia con las estructuras que la vida ha forjado. El verdadero cambio de mentalidad, a mi modo de ver, estriba en esto, y la multiplicación de libros sobre Dios y el ateísmo, sobre la inquietud religiosa y la desaparición de la misma, son la prueba más evidente de que aquello no subsistiría y esto afloraba a la superficie.

El en-sí de Dios hoy no preocupa. Quizá hubo un tiempo en que fue muy importante. Hoy a Dios se le siente más cerca porque angustia; se le quiere en su función salvadora hacia los hombres, se le busca con amargura y con descontento en ocasiones, pero siempre con medida

nueva y real, con una profundidad que hace daño en las intimidades y ofrece por el mismo hecho la magnitud del misterio. Aquel Dios gran célibe del universo, que se había trocado en metafísica y por lo mismo más allá de cuanto podía crear un problema al hombre, hoy no podía subsistir y no subsiste de hecho. Dios sigue siendo el mismo. Pero el hombre no es considerado ya como una cosa más en la estructura general del cosmos y por eso Dios se insinúa por los asendereados caminos de la intimidad humana y ésta tiene que dar sentido a la realidad exterior. No preocupa Dios como ser alejado, como ente metafísico, como motor inmóvil, causa incausada, ordenador supremo. Es eso, pero no preocupa. Y entonces lo que nos urge es analizar por qué nos preocupa Dios.

He aquí nuestra tarea en el mundo contemporáneo: examinar por qué nos preocupa Dios y qué queremos de Dios, sin que Dios deje de ser Dios. Dios es incomprensible e inagotable y nos exige buscar para encontrar sin cesar nunca en nuestra empresa. Hoy no andamos errados por buscar en Dios algo que nos preocupa más, o alguien que nos inquieta de otra manera. El Dios hierático y silencioso ha cedido el paso. Hoy preocupa mucho más eso que tradicionalmente se ha llamado conservación, mantenimiento de todos los seres en la existencia por la mano invisible de Alguien que sostiene. No nos basta con presentarla hoy como un apartado más de nuestras tesis teológicas, sino que es preciso ponerla de relieve en los movimientos interiores y en los movimientos de la historia.

Dios está obrando todavía hoy, Dios no cesa de obrar, Dios está con las manos en la masa, Dios está empujando el progreso, Dios es obrero sin horas fijas ni week-end, es obrero de horas completas. La operación de Dios, el trabajo de Dios, el sostenimiento de Dios: un Dios que nos permite comprender nuestra vida como una continuada actividad, como un caminar hacia la mejora y la perfección, como un empujón en nuestra ociosidad. Esto nos dice que "trabajar es hacer que Dios continúe creando", es colaborar con El en nuevas creaciones. Hoy necesitamos este Dios: un Dios activista, un Dios que es acto puro y potencia a la vez, un Dios que no cesa y que llama, impele, urge, trabaja, exige y da a cada instante. Este es el Dios que sirve hoy y no el Dios estático. Necesitamos un Dios dinámico que nos diga que nuestro dinamismo es función divina y nos ayude a comprender con su ejemplo la dura y pesada monotonía del trabajo diario, porque en El todo es movimiento, aunque no cambie. El misterio de Dios para nosotros estriba en comprender ese

movimiento, esa obra divina, sin mutación, sin cambio, y aun aquella estabilidad divina que esperamos, solamente podemos comprenderla bajo el signo de esa actividad. En desvelarla se han empeñado los grandes escritores y pensadores de la historia, recurriendo a que el pensamiento es la mayor actividad y la contemplación y el amor son dos fuentes profusas de acción. Dios obra intensamente, en su mismo en-sí, ya que las tres divinas personas están en continuada reciprocidad de comunicación, de coloquio intelectual y amoroso, y producen, en nuestro modo humano de hablar, el Verbo y el Amor. Continuada acción, continuo diálogo. La relación interpersonal en Dios nos asegura el sentido de nuestras relaciones humanas, constancia de diálogo, con desinterés, con generosidad, sin egoísmos ni paternalismos, sino con donación total y sinceridad plena, con la verdad y el amor que se comunican y se colocan a disposición de todos. Actúan las tres personas, cada una enriquece con su ser y su haber. En ellas todo es caridad y todo es común, no hay nada privado.

Dios hoy es —como ha sido siempre, aunque no se acentuara esto— el que habla, el que revela, el que se comunica con el hombre. No es silencio absoluto, sino palabra, coloquio, diálogo. Dios no calla. Es acción, es dinámica. Todo en El es acción. Hoy queremos un Dios así, un Dios que vemos manos a la obra, que sacude el letargo de nuestro inmovilismo, que nos prohíbe el estancarnos, que no nos permite la inacción, que nos mueve y nos aguijonea, que nos inquieta y nos preocupa y busca el progreso. Queremos un Dios con nosotros, un Dios entre nosotros, un Dios para nosotros, un Dios compañero de viaje, un Dios en horizontal, un Dios al lado, que peligra a veces de convertirse en el Dios-prójimo, o en el hermano-Dios, marginando el sentido del Dios-Padre. Se desconfía del paternalismo divino y de nuestra filiación, porque los paternalismos humanos han hecho desconfiar de la divina paternidad. La humanidad se ha servido del paternalismo para la opresión o para la explotación, para no respetar los valores de la persona humana, dejándola sin desarrollar. Como contrapartida se llegó al otro extremo, no para negar su paternidad a Dios, pero sí para estar precavidos contra ese Dios-refugio paternalista, cuando la impotencia o la insensatez se enseñorea de las mentes y los corazones de los hombres.

Además, como, por otra parte, las relaciones familiares, políticas y sociales, han evolucionado hacia formas democráticas, una concepción de Dios a este estilo no se haría esperar. Y así tenemos un Dios para

demócratas. Es la horizontalidad trascendente de Dios, que llama por el hombre y vive en él y lanza desde él sus gritos de alarma y de ayuda y sus palabras divinas con gesto humano. Este Dios nos conmueve, nos invita, nos excita, nos ejercita hoy. Dios está aquí, a nuestro lado, en nosotros, dentro de nosotros pero sobre nosotros. Dios nos urge. Este es el Dios que preocupá hoy y es el Dios que tenemos que comprender y explicar y venerar hoy. Es el Dios de nuestra dinámica, el Dios de nuestro progreso, el Dios de nuestra comunicación y de nuestro diálogo, el Dios de nuestras relaciones, el Dios de nuestra actividad, el Dios de la industrialización y de las nuevas formas políticas.

¿Es ÉSTE Dios?

La pregunta es inmediata: Pero ¿ése es Dios, o es más bien un mito, o una creación de nuestro mundo? ¿Dónde queda la transcendencia de Dios, el Dios todopoderoso, el Dios fuerte, el Dios “mayor que el cual nada puede pensarse”, el Dios infinitamente elevado, el Dios que está más allá? ¿Qué sería entonces la transcendencia de Dios o el Dios trascendente? ¿Cuál sería la verdadera concepción de Dios? ¿Cuál es el Dios auténtico? ¿Se salva la transcendencia en la concepción propuesta? “¿Qué sois Vos, Dios mío? —se preguntaba Agustín de Hipona—. Sumo, óptimo, potentísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo, muy secreto y muy presente, muy hermoso y muy robusto, estable e incomprensible, inmutable que lo mudáis todo, jamás nuevo y nunca viejo, que todo lo renováis, conduciendo a los soberbios a la decrepitud sin que ellos lo entiendan, siempre activo, siempre quieto, acarreador y no menesteroso, llevando y llenando y amparando, creando y sustentando, buscando y no teniendo falta de cosa alguna. Amáis sin encendimientos; celos tenéis y estáis seguro, pésaos pero sin dolor; os enojáis y estáis tranquilo; vuestras obras mudáis, mas no mudáis el consejo; recibís lo que halláis y nunca perdisteis; nunca pobre y holgáis con las ganancias; jamás avaro y demandáis logros. Se os da más de lo que se os debe para trocaros en deudor; pero ¿quién tiene una cosa que no sea vuestra? Deudas pagáis, sin deber nada a nadie, y lo que se os debe perdonáis, sin quedar nunca perdicioso. ¿Qué es lo que decimos, Dios mío, vida mía y mi dulcedumbre santa? ¿O qué puede decir el que de Vos habla? Y ¡ay de aquellos que callaren, porque de parleros se han

tornado mudos! “(*Confess.* I, 4, 4). He ahí el misterio y la paradoja del Dios entre nosotros.

Dios está más allá y más acá de nuestras categorías, y precisamente por ello es susceptible de todas, sin que ninguna le sea adecuada. La mejor para cada época sería aquella que más humana y divinamente haga vivir a los hombres. Se salva la transcendencia porque no se comprende nunca. Ha habido, sin embargo, períodos en los que se ha preferido insistir en lo trascendente, en el allende de Dios, y hoy nos place vivir en el aquende y con el aquende de Dios. Nos agrada mucho más una inmanencia transcendente. No buscamos espacios, sino afectos. La transcendencia de Dios se garantiza en su actividad, porque es El quien pone en movimiento toda la realidad humana, quien la empuja y la sostiene como resorte sin el que no existiría nadie ni viviría ser alguno. Dios es trascendente, porque es resorte que empuja y mantiene y obra sin inmutarse. Nadie podrá decir que Dios no se revela, que Dios no habla y ha hablado, que Dios no es activo, que no es Dios con nosotros, que no obra continuamente, que no está a nuestro lado y en nosotros, que no nos respeta en nuestra libertad, que no nos quiere en el trabajo y en progreso de perfección, que no pide nuestra colaboración a su obra, que no nos urge de continuo. Ahora bien, si éstos son hechos y se dan en Dios, a nadie tiene por qué asustar que la concepción actual insista y ponga su acento sobre estos fragmentos de una verdad divina mucho más amplia, y que el estaticismo haya pasado a segundo plano y nadie se preocupe de él, aunque nadie niegue sus valores, que no le interesan al presente. Hoy “nos va” un Dios en movimiento y, a nuestro modo humano, Dios se mueve siempre, si no entendemos el movimiento sólo como cambio de lugar a lugar, sino como operación. Ese sería el Dios para demócratas.

Y AHORA LAS CONSECUENCIAS.

Quizá hasta aquí no habría dificultades. Muchos pondrán sus concepciones y pretenderán seguir manteniéndolas como vigentes. No se niegan las demás, se cambia solamente el acento. Las dificultades surgen y crecen los obstáculos, cuando se extraen las consecuencias de estos hechos y se prueba la concepción como más conforme con la Sagrada Escritura y con la tradición patristica. La mostración escriturística y

patrística no necesitamos hacerla ahora. Hoy prueban con claridad los estudios que este sentido es plenamente bíblico y tradicional y que los teólogos lo han tratado, aunque no lo hayan acentuado. Lo costoso no ha sido nunca la concepción de Dios, que está al origen de todos los cambios y renovaciones, lo son precisamente y lo han sido las consecuencias prácticas, inevitables, porque son clima y ambiente y se respiran. En esta concepción se engarzan las relaciones para con Dios, para con los demás, para con el mundo, apreciando en todo principalmente los valores de la persona humana y poniendo en primer plano y con ella los valores de la comunidad.

La espiritualidad no podría ser ya, a la medida de un Dios solitario y silencioso, de retiro, de soledad, de silencio, de destrucción de valores. Tendría un sentido positivo, un margen de comunicatividad, de diálogo, de palabra y revelación como enriquecimiento del prójimo con los dones que Dios ha ofrecido a cada uno para que ayude a su vecino. El silencio se impondría a la persona como una necesidad reflexiva, pero ante un Dios que habla en el interior no podría callarse y la persona tendría que comunicar también, hallando en ese sacrificio de la entrega generosa de la comunicación divina su medio de progreso y santificación, no en el silencio egoísta y cómodo.

a) LA LITURGIA.—Los primeros signos —sin contar con el movimiento que desde finales del siglo pasado venía surcando ya la vida litúrgica— los hallamos en las nuevas iglesias. Unas construcciones de línea simple, sencilla, funcional, comunitaria, desnuda, pobre, como la misma concepción divina. Y en ellas unas relaciones litúrgicas que brotan de ese Dios con nosotros, entre nosotros. Se pide más espontaneidad, más libertad en esas relaciones. Nadie habla o dialoga con un amigo o con hermano teniendo en cuenta las rúbricas de códigos y catálogos; nadie se acerca con frases hechas, aunque se inicie con ellas y por ellas en la franqueza y en la fraternidad. Al simplificarse la liturgia, se adaptaba a la nueva concepción y nos recordaba que para aproximarnos a Dios no necesitamos maestro de ceremonias o introductor de embajadores. Sobran besos, reverencias, protocolo. Y se quitaban. Hoy no existían tantos y ese Dios que es actividad no podía requerirlos. No cuentan las posturas, sino el respeto a la persona divina que, por ser amiga y compañera de trabajo, no pide todo eso y sabe comprender la dureza de nuestra vida, manifestándola en las acciones. Lo primero que

había que revisar, dijo en una alocución conciliar el Papa VI, eran nuestras relaciones para con Dios que se habían cargado de un barroquismo a ultranza y restaban espontaneidad a la plegaria, multiplicaban los intercesores y las oraciones y hacían que todo resulta pesadísimo como las ceremonias de corte.

Se pide pobreza en el culto, en los ornamentos, en los vasos sagrados, en los edificios. Había pasado el tiempo en que la fe se demostraba con la ostentación, con dar a Dios todo lo mejor y máspreciado, el tiempo de ganarse el reino de los cielos con dádivas y limosnas para una construcción y ornamentación que revelaba pomposidad. Aquellas viejas iglesias, ricas en pinturas y cuadros y más ricas en su tesoro, quedaban como monumento de una fe alzada en la conciencia del Dios excelso y superior, a quien se le reservaba buena parte de los propios haberes, aunque los hombres, sus criaturas e imágenes, muriesen de hambre y miseria. Hoy los hombres no podían resignarse a eso. La pobreza ha penetrado la conciencia de la humanidad y de la Iglesia, y los hombres la pedían también para lo sagrado que se convertía en lo más precioso de la humanidad. Sobreviven monumentos y tesoros artísticos, que convertidos en oro darían alimento a miles y miles de vivientes que sufren necesidad. Tuvieron su tiempo. Hay muchos que se escandalizan porque los lugares de culto se han desnudado y se han reducido a lo más mínimo, a una especie de garage sagrado o de teatro. Cristo murió solo en la cruz, entre cielo y tierra, sin un saco para cubrir su cuerpo ni almohadilla para reclinar su cabeza. Hoy quisiéramos acercarnos a ese sentido, admirando otras épocas que demostraron su fe de otra forma. Solamente quedará una duda y ésta podrá hurgar en las conciencias: eso que no se ofrece para el culto divino ¿se emplea realmente para cubrir las necesidades de los hombres, de los hermanos, de la humanidad doliente y necesitada, o más bien es el placer y el excesivo bienestar el que se ha hecho en ese sentido Dios? Esto podría ser una buena llamada a la vivencia total de la exigencia moderna que se manifiesta en la petición y que, poco a poco, muy lentamente quizá, se está consiguiendo.

Si la ornamentación pedía sencillez hoy, la exigen también la palabra y la exposición. A Dios se va directamente, de tú a tú, como Cristo nos enseñó en el Padre nuestro. Es la simplicidad espontánea que agrada en las personas sin altiveces y sin conciencia de su rango y alcurnia. Por eso, se apelaba a la participación de todos, con la posibilidad de que Dios se acerque a todos y todos se acerquen a Dios, sin que sea obstáculo

la lengua, la cultura, la formación intelectual, la profesión o el oficio. La liturgia se ha hecho para el pueblo y es su teología y la Iglesia es historia de Dios entre la humanidad y para ella. Todos deben participar activamente. La liturgia ha tomado nuevamente el sentido de una acción, porque Dios es actividad y el hombre la pide. La Iglesia es acontecimiento y epifanía diaria de Dios entre nosotros y se adapta a la prisa de nuestro mundo, al griterío y la palabra de desahogo, desgarrón del alma, que se abre a la caridad divina. Así una música que indica a veces la moda real de nuestro tiempo, pero también el sentido juvenil de los días presentes y de la concepción de Dios. Música y canto que para muchos no es sagrado, pero ¿hasta qué punto el sentido contemplativo de lo sagrado es el único auténtico, y no lo es también el activo? ¿Hasta qué punto el arrancar en el espíritu situaciones de éxtasis es más espiritual que suscitar en toda la persona humana un éxtasis de actividad en función de Dios y en entrega a El? Nos obliga esto a la meditación y a admirar que Dios sea alabado en tiempos nuevos de formas nuevas.

Todo en la liturgia se ha trocado un poco en democrático, en un tú a tú con Dios. No hay éxtasis ni arrobamientos. Puede haber cansancio, herencia de nuestro tiempo. Sobraban bendiciones, sobraban genuflexiones, inclinaciones, gestos de sometimiento que intentaban decir algo, pero había que prestarles la voz. Muchas de esas manifestaciones vistas desde fuera por un observador sincero no llevaban mensaje ninguno, o al máximo una distracción habitual en la mayoría. Y se gritaba por una sinceridad en las relaciones para con Dios que no asustara tanto. Dios es el mismo, mas el acento se coloca hoy sobre otra realidad que se había dejado en la penumbra.

b) LA OBEDIENCIA.—Con esas manifestaciones y dado el ambiente general, cambiaban también las demás relaciones humanas, de hijos a padres o de súbditos a superiores. Era natural que si el padre y el superior representaban a Dios, al cambiar las relaciones para con Dios, cambiaran también las relaciones para con ellos. Y si a Dios se va hoy, de la mano de la Iglesia, de tú a tú, lo mismo sucederá cuando se trate de los padres o de los superiores. He aquí una idea fundamental a la que no quieren —o no pueden— avenirse muchos, y de ello nace el desorden y el desequilibrio entre las generaciones. Los hijos no desean depender paternalísticamente de los padres y no pueden manifestar su agradecimiento y su respeto en los modos en que se hacía en épocas de concep-

ciones distintas. Como las manifestaciones ahora son diferentes y el trato es mucho más directo, confundiendo las manifestaciones y el respeto, se juzga éste por aquéllas y llega el choque. No es cierto que no se respete a los padres o no se reverencia a los superiores, lo que sucede es que si a Dios se le trata ya de otro modo más cercano, más próximo, más directo, no pueden colocarse los superiores o los padres en lugar más preminente que Dios. Y si a Dios se le trata hoy como a un compañero más con quien se habla y que habla, a los superiores o a los padres no se les puede elevar sobre Dios.

Muchos saludan en esto la gran revolución. Y sin embargo es la más ordinaria y trivial, más comprensible históricamente, estando atentos a los signos de los tiempos y a la sensibilidad que nos penetra. Sorprende, sorprendía o continúa sorprendiendo que una vez que la Iglesia se ha pronunciado por una simplificación de las relaciones con Dios y ha reducido al máximo o ha acomodado los gestos manifestativos y sus signos, los hombres —padres o superiores— se mantengan en sus posiciones, defendiendo unos utópicos respetos que solamente se ganan con el servicio, con la entrega generosa, con la disponibilidad, con el amor, como Dios mismo. Además, hoy es consciente el mundo de que un representante debe ser un representante y de que el hombre nunca podrá representar dignamente a Dios y por tanto, le toca la doble humildad de someterse al tuteo del trato divino actual, y a la incapacidad para representarlo dignamente.

Dios respeta tanto al hombre, que ha permitido que le abofetee, dejándole la libertad y recogiendo un fruto sabroso del mal uso de la libertad. En cambio, hay hombres que quieren arreglarlo todo de un plumazo con leyes, con preceptos o con estatutos, como si la ley no surgiera por culpa de la trasgresión y como si los hombres nacieran educados a la libertad y no se les debiera educar en ella, ofreciéndosela y corriendo como Dios el riesgo del abandono o el riesgo de una mala partida por parte de muchos, en busca de una autenticidad. Si es verdad que padres y superiores son representantes debe ponerse en juego la nueva visión de Dios y no la visión terrorista o estática o imperial que da leyes, hace cumplirlas, se aíra y enfada, cuando los hombres le ofenden y se arrepiente hasta de haberles creado. La nueva concepción de Dios pide asimilación y si los padres y superiores hacen las veces de Dios, tienen que aceptar a ese Dios hoy y al hombre tal como lo ha querido o ha permitido que sea, y correr riesgo de bofetada a sí mismos o a mu-

chos preceptos para que aún los pecados, como diría San Agustín, les ayuden a levantarse y prepararse y fortalecerse en su formación espiritual. Si, por otra parte, la autoridad no viene de Dios directamente, sino a través y por medio de la comunidad, de los demás, los fundamentos en que se apoyaba el autoritarismo se conmueven y el superior se siente arrancado de raíz. Cuando se pide una votación democrática, cuando se aboga por una participación de todos los miembros que componen la nación, la diócesis o la provincia u orden religiosa, se concluye de unas premisas que son clima hoy y todos respiran inconscientemente. Bastaría recordar la colegialidad episcopal. Ese principio es manifiesto de la dirección de nuestro mundo. De la colegialidad episcopal se pasaba al presbiterio y a la vida religiosa, aunque en esta última se trataba más claramente todavía de una autoridad que procede de la libre elección de los miembros de la comunidad, siendo por lo mismo más auténticamente democrática. La otra es transmitida por medio de un sacramento.

Mantener, pues, tanta reverencia, tanto signo externo de respeto—no se pretende con ello una falta de educación cívica, social o personal—, tanta distancia, tanto hieratismo, tanta división de castas, o el arriba y abajo en las sociedades humanas, es no querer conformarse a la concepción de Dios y soñar palacios encantados que en otro tiempo cobijaban princesas y hoy han quedado desiertos y vacíos. La aplicación del Dios para demócratas a todas las relaciones humanas ejerce una tensión y la mantiene, pero si se quiere que sea efectiva, es preciso iniciarse en la nueva concepción y convencerse de su realidad y ser consecuentes con ella. Si esto no sucede, a la hora de lo autoritario o de lo racial se sostendrá a ultranza un principio que nadie ataca, cual es el del respeto a la persona, hoy más aireado que nunca, olvidando a veces que los demás son también personas. Hay que recordar, sin embargo, que en el decurso de la historia han cambiado y cambian de hecho las manifestaciones de respeto y quien se había acostumbrado a aquellas que se reducen a ser servido, no puede resignarse a éstas que ese centran sobre el servir.

La aplicación se extiende a las relaciones maestros y discípulos, profesor y alumno. El maestro que se coloca al lado, que enseña como quien juega con los hombres, que sabe mantenerse como un discípulo más entre discípulos, siendo el mayor entre ellos y más sobresaliente por haber estudiado más pero sin hacer ostentación de ello, sino confesando humildemente su ignorancia en ocasiones, está cumpliendo el plan de

Dios que juega con los hijos de los hombres y les enseña sus caminos duros por vías fáciles y sonrientes, y cuando quieren huir de su vía, se ven cogidos en la malla de un amor que les ha prevenido. Se quiere que así como está Dios al lado e impulsa y anima, así esté al lado y aliente aquel que ostente una cierta autoridad.

* * *

Yo diría más, y lo dejo en simple compás de espera: la misma noción de pecado ha evolucionado en conformidad con la nueva concepción de Dios, aunque haya sido de una manera inconsciente. Hoy apreciamos una disminución del sentido de pecado, tal como lo entendíamos, pero se siente más la ingratitud al Dios de al lado, que es amigo y me lo ha dado todo y continúa dándomelo y manteniéndome. Hay una sensibilidad más aguda y espiritual para el pecado contra las relaciones humanas, contra el diálogo y el coloquio, contra el amor, mientras que frente a lo legal y jurídico, se diría casi frente a lo mandado, no hay casi apreciación de conciencia. En este sentido hay que juzgar también la fe de nuestro tiempo, que flaquea porque no es capaz de aceptar un Dios alejado de su mundo circundante. Hay que acercarle al Dios que le preocupa para que crea en El.

P. JOSÉ MORÁN, O. S. A.